

EL BOMBARDEO DE VALPARAISO

Julio Pizarro Arancibia

Allá por el año 1864, después de un largo viaje y vencidos los tormentosos mares del sur, fondeó en Valparaíso una poderosa escuadra española. Era la primera que llegaba a nuestras aguas después de jurada la independencia; la comandaba al Almirante Pinzón, descendiente directo del piloto que dirigió las carabelas de Colón. Traía —según decía— misión de paz y acercamiento a sus antiguas colonias y portaba tropas de línea y una comisión científica.

La recepción que al principio les hizo la sociedad porteña fue cortés, cautelosa y digna. ¿Qué trae a éstos por aquí? se decían los viejos pipiolos con un tanto de temor; los pelucones callaban, frunciendo el entrecejo.

El pueblo, que sólo veía en ellos a los enemigos de antaño, se alejaba murmurando al divisarlos pues frescos estaban aún en la memoria de todos los relatos de sus padres sobre las crueldades de los "Talaveras de la Muerte", los terribles sufrimientos del paso de la cordillera en el éxodo a Mendoza, donde nuestras más opulentas damas tuvieron allí que servir de cocineras, lavanderas o nodrizas o tuvieron puestos de sopaipillas, mientras sus esposos, hijos, hermanos guerreaban en la patria contra los soldados de España.

General zozobra y descontento reinó en Santiago cuando se anunció la llegada de Pinzón y su comitiva. La estación se llenó de curiosos: Una multitud silenciosa y fría.

Los coches de Gobierno y el edecán de S.E. les esperaban para darles la bienvenida; también se encontraban ahí, para estrecharles las manos, don José María de Sessé, chileno de origen por su madre y educado en el Colegio de

Nobles de Madrid, en cuya corte su padre, emparentado por su esposa a la familia de los príncipes Pío, al Duque don Fernán Núñez y a otros nobles, ocupó una gran posición; además le acompañaban don Juan de Dios Correa de Saa, el General Blanco, don Alonso de Toro y muchos otros caballeros distinguidos y notables.

Una vez instalada, ceremoniosas visitas se hacían a "los españoles", los que, inmediatamente, las devolvían.

A Pinzón se le veía en todas partes y acabó por ganarse todas las voluntades. Era buenmozo, alto, grueso, joven aún, alegre, decidor, muy gracioso. Era el huésped deseado y festejado en casa del Presidente de la República, de su Ministro don M. Antonio Tocornal y de los señores Correa y Toro; en la del General Bulnes, del Coronel Sessé y de la señora E. Solar de Valdés, cuyas lindas hijas hacían de su casa un hogar encantador y una de ellas era la esposa de don Dionisio Roberts y Prendergast, Secretario de la Legación de España, cuyo Ministro, el señor Tavira, era un amigo decidido de nuestro país.

Entre la cohorte de bien parecidos jóvenes marinos venía Fausto Saavedra, hijo menor del Duque de Rivas, que fue el que se ganó más voluntades por su gracia, su juventud y picardía; C. Rodríguez y San Martín, que pronto fue Almirante; Duelo; Ossa, pariente cercano de los Ossa de Chile y de un notable parecido; y tantos otros que dejaron hondas simpatías y que se despidieron afligidos prometiendo eterno y constante amor a muchos llorosos corazones.

Los festejos al Almirante Pinzón fueron costosísimos e inusitados y no faltaron quienes, al calor de las reuniones, le murmuraron al

oído adhesiones entusiastas a España y el profundo desaliento por el Gobierno Republicano que ejercía el poder. Viejas damas aristocráticas, cuyas madres habían sido damas de honor de la Reina María Luisa, le confiaban su nostalgia por la vida de la Corte.

El crédulo español no pudo menos que imaginarse que ése era el juicio de todo el país y, poco a poco, fue olvidando su primitiva reserva y lanzó, confiado, algunas frases que despertaron inquietud y desconcierto.

La estada en Santiago se prolongaba, la desconfianza crecía... pero los españoles, que en realidad venían a cobrar una deuda al Perú, estaban a la espera de nuevos buques que reforzarían su ya numerosa escuadra y enfilaban hacia el Callao. Llegado el día, el Almirante y su comitiva se despidieron dejando y al parecer llevando también con ellos un malestar inexplicable e indefinible. Al poco tiempo la escuadra española reunida en Valparaíso zarpó rumbo al norte a cumplir su misión.

De improviso, la noticia —demorada más de un mes en llegar del Callao— estalló como una bomba en Chile: El Comisario Mazarredo, en nombre de la Reina Isabel II y apoyado por la escuadra que había zarpado de Valparaíso enarbolando el pabellón de la Reina, reclamaba contra el Perú y tomaba —*manu militare*— posesión de las islas Chinchas, usando con muy poco tacto la palabra “reivindicación”, encendiendo con ello, como con una chispa eléctrica, el patriotismo de todas las Repúblicas del Pacífico.

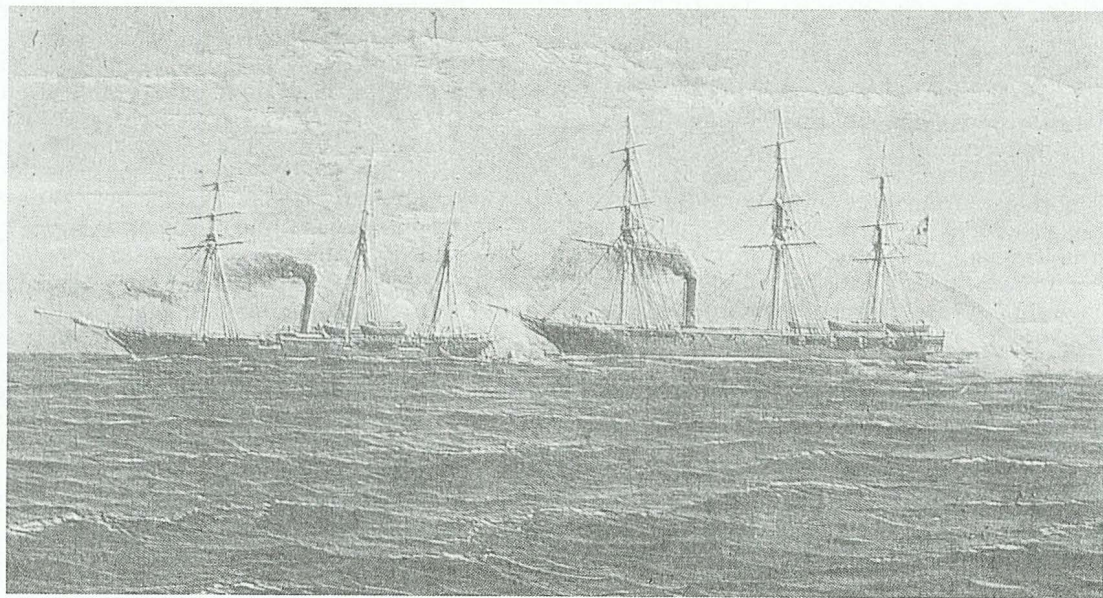
Terrible fue la conmoción que sacudió a todas las clases sociales de Chile y grupos de gente que incluían a niños, a jóvenes y a viejos; recorrían las calles gritando ¡Viva el Perú! ¡Mueran los godos! Familias enteras se disputaban con las vecinas llamándose “godas”, “patriotas hambrientas” y otros epítetos. Las casas eran apedreadas.

Cayó el Ministro Tocornal, al son de los gritos “godos cobardes” lanzados por el pueblo, porque los Ministros no tomaban drásticas medidas previendo los fatales acontecimientos que no tardaron en sobrevenir.

En medio del más loco entusiasmo subió el Ministro Covarrubias, que embriagado por la lisonja y el apoyo popular firmó una declaración de guerra y lanzó, en medio de una atronadora algazara, la famosa nota cuya redacción todos los notables con orgullo se atribuyeron y que, muy luego, desconocieron, que empezaba diciendo: “Poniendo a Dios por juez y al mundo civilizado por testigo de nuestra contienda...”

De esta manera, Chile, un país próspero y al parecer sensato, que gozaba de un notorio bienestar, se lanzó *solo*, sin armas, sin ejército, sin marina, sin dinero, sin reserva de alimentos y sin preparación previa alguna, a una descabellada guerra contra una potencia europea... en defensa de la República hermana del Perú, que a no mucho andar le pagó declarándole la guerra en cumplimiento de un elaborado plan que estaba en secreto conocimiento de todo el Cono Sur.

En esos momentos de locura, el pueblo,



COMBATE DE PAPUDO

iluso y temperamental y como siempre azuzado por los exaltados de buena fe, recorría las calles ebrio de alegría reuniéndose alrededor de las estatuas de sus héroes... Guillermo Matta peroraba al pie de la de Freire. Luis Rodríguez Velasco los entusiasmaba hasta el delirio improvisando al pie de la de San Martín, en versos sonoros y patriotas, su inmortal:

*Soy yo, mi general. Viejo soldado
dispuesto a dar mi postrimer aliento
cuando fui de mi sueño despertado
al bronco son del clarín guerrero...*

En su loco desvarío todos creían que Chile podría resistir, con el solo ímpetu de su valor guerrero, el inevitable ataque de una poderosa nación europea en respuesta a tales múltiples provocaciones.

En una heroica e infructuosa generosidad ante lo inevitable, las señoras se desprendieron de sus joyas, de su vajilla y de toda la plata labrada, que era entonces muy abundante en toda casa rica, para que se acuñaran monedas que pagaran los gastos de la guerra. Se formaron comités en todos los barrios de la ciudad, presididos por personajes, para recolectar fondos. Ahí entregaban los ricos objetos valiosos y los pobres su óbolo conmovedor y generoso.

Como era de esperarse, no tardó en presentarse en la rada de Valparaíso la escuadra española al mando del Almirante Pareja, que había reemplazado a Pinzón, a intimar el bloqueo de las costas si no se daba pronta reparación al insulto de las turbas a la bandera española izada a la puerta de la casa del Ministro español Tavira.

Ante la seriedad de los acontecimientos se volvieron todos los ojos y la expectante esperanza de todo el país hacia el Gobierno, que sin duda alguna tendría la defensa preparada.

Entonces, los temperamentales arengadores, asustados, para calmar los ánimos hicieron correr la noticia que varios agentes recorrían ya los países europeos comprando armas y cañones que serían internados por Argentina...

Para contestar la nota de Pareja el Gobierno convocó a los Generales, Almirantes y a los altos servidores públicos. Reunidos, la pregunta unánime fue: "¿Qué recursos había destinado el Gobierno para la defensa del país?".

—No hay nada en realidad preparado —contestó con asombrosa calma el Presidente— pero los combatiremos con la mejor de las armas: La inercia—. Y en realidad no había planes, no había buques, no había armas... no había nada.

Bajaron entristecidos sus blancas cabezas los viejos caudillos de aquellas no lejanas y

heroicas epopeyas y se alejaron mustios y cabizbajos.

Esa noche la "tertulia de los viejos" fue más numerosa y agitada que nunca. Don Ramón Rozas Mendiburo y don José Antonio Alemparte se paseaban nerviosos. El General Las Heras, encorvado, parecía la imagen de la tristeza. En ese momento se alzó de su asiento el General Bulnes y patéticamente, tomando entre las suyas las manos de Las Heras, le dijo: "Mi General, hemos vivido demasiado".

Mientras tanto el Almirante Pareja, cabaillerosamente, trataba de arreglar las rotas relaciones. Quería conferenciar con Blanco, con Bulnes o con don Joaquín Tocornal... casi rogaba.

Pero estalló la noticia de que la *Esmeralda*, mandada por Williams Rebolledo, había capturado al buque aviso de los españoles *La Virgen de Covadonga*, apoderándose del barco y toda su tripulación. Dos días después llegaban los prisioneros a Santiago, siendo alojados en el cuartel de Granaderos, frente a La Moneda.

Este audaz golpe de suerte fue una nota de júbilo y de confianza que ensanchó los corazones y trajo la ilusoria seguridad de un triunfo definitivo confirmado, muy luego, por la extraña noticia de que el Almirante Pareja, desesperado por su fracaso en las negociaciones en que se había empeñado y ya enloquecido por el heroico acto de Williams Rebolledo, que le había costado un buque y su tripulación, se había suicidado en la rada de Valparaíso a bordo del barco insignia la *Resolución*, que comandaba.

¡Viva Chile! se oía por todas partes, sin que nadie pareciera ya dudar de la gloria que iba a cubrir nuestra bandera. ¡Viva Chile! repetían las provincias entusiasmadas.

El Almirante Topete reemplazó al infortunado Pareja. El bloqueo de las costas se hizo más severo y en todo se notaba que otro hombre más enérgico y menos benévolo había asumido el mando.

Los buques que mantenían el bloqueo eran el *Triunfo*, la *Resolución*, la *Blanca*, la *Berenguela*, dos o tres avisos y otros de menor importancia.

El bloqueo fue largo y pesado; todos los negocios se resistieron, faltaban víveres en las provincias del norte y el malestar aumentaba en todas partes. Se interpelaba al Gobierno en el Parlamento y se trataba de calmar la irritación del pueblo especulando con una poderosa escuadra chilena que cruzaría el Atlántico y que en Montevideo se cambiaría la tripulación extranjera que los traía por los valientes muchachos chilenos que ahí los esperaban y que

pronto sabrían los españoles "quienes eran aquellos que así, tan imprudentemente, desafiaban".

La verdad era que don Benjamín Vicuña Mackenna estaba en Estados Unidos, recorriéndolo de norte a sur, gritando en los *meetings* y gastando toda su enorme energía sin encontrar colaboración ni estímulo. Así y todo logró comprar, sin dinero, algunos buques que de nada sirvieron, pues llegaron tarde y además habrían sido insuficientes.

En febrero de 1866 los españoles capturaron el transporte *Maipú*, que con bandera inglesa quiso romper el bloqueo saliendo de Lota al mando de don Luis Lynch.

Poco tiempo después se presentaron en la bahía de Valparaíso otros barcos españoles, al mando de Méndez Núñez, con la poderosa fragata *Numancia* a la cabeza; finalmente notificaron el bombardeo de la plaza.

Era la Semana Santa de aquel año; las calles se repletaron de gente que se agrupaba, gesticulaba y se dispersaba. Había confusión, irritación y desesperación. Los españoles que quedaban en el puerto se refugiaban en los conventos, en las cárceles, en casas particulares, si podían.

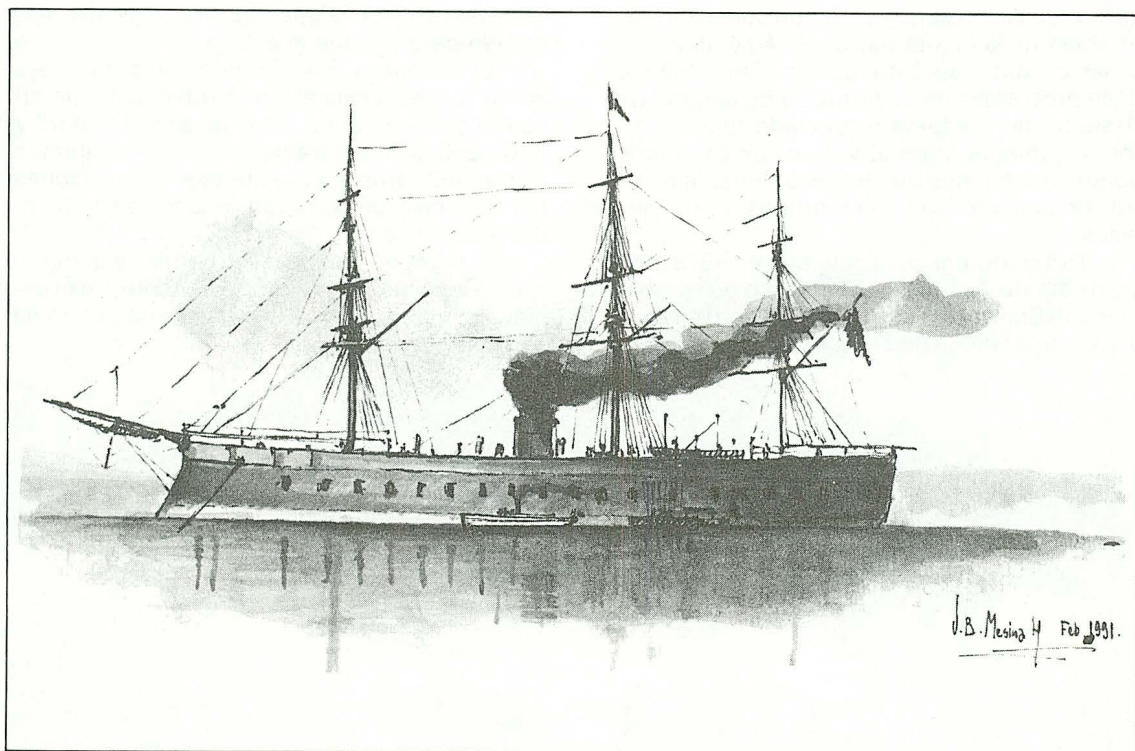
Toda la gente que tenía los medios para huir se alejó de Valparaíso y se desbordó como un torrente sobre Santiago. Quedaron sólo los bomberos, los soldados de la guarnición, el inerte pueblo y los enfermos. De la capital, en cambio, acudieron a Valparaíso todos los bomberos, los cívicos con los jóvenes que eran sus oficiales, todos los cuales, sin excepción, fueron abnegados y valientes.

La noche que precedió al bombardeo fue una noche clarísima de luna llena; un silencio sepulcral reinaba en todas partes; lúgubres y silenciosas como sombras pasaban rápidas las mujeres del pueblo, envueltas en sus negros



ALMIRANTE DON JOSE MANUEL PAREJA

mantos en dirección a las iglesias que habían abiertos sus puertas y donde se rezaban oraciones en alta voz, interrumpidas por sollozos y llantos. Silenciosos grupos de hombres recorrían las calles, sitiando las casas donde sabían que se había refugiado algún español y entraban a la fuerza, cuando no se las abría, derribando las puertas y buscando al pobre perseguido, que más muerto que vivo solían encontrar agazapado en un rincón, cubierto por la ropa que alguna persona caritativa había amontonado sobre él. Los grupos actuaban como autómatas, en silencio y a oscuras dentro de la casa pues por haber luna no se habían encendido los faroles de gas. Cuando una multitud atacaba una casa sólo se escuchaba un murmullo ronco, cargado de odio; sin embargo, milagrosamen-



FRAGATA "NUMANCIA"

te, ningún español fue linchado por las turbas exasperadas.

A las nueve de la mañana comenzó el bombardeo. Las noticias corrían velozmente: Los almacenes fiscales estaban en llamas y los bomberos, que nada podían hacer, se concretaban a tratar de salvar las casas y proteger a los enfermos. Una bomba había caído en el hospital que estaba debidamente señalizado. Los vidrios se rompían con estrépito. Faltaban el agua y los alimentos. Las mujeres caían desmayadas en las calles. Se especulaba que Lynch había sido fusilado; que el enemigo echaba los botes al agua para desembarcar tropas...; mientras tanto la tropa y los cívicos ocupaban los muelles y la explanada dispuestos a defenderse y luchar hasta la muerte.

Todo esto se comunicaba a Santiago por medio del telégrafo, aumentando el nerviosismo y llegando la agitación a niveles tales que llegó a temerse por la vida de los prisioneros españoles que, aterrorizados, escuchaban los gritos de las turbas enardecidas. En previsión de cualquier sorpresa fue aumentada la tropa y reforzadas las guardias.

Por fin, en la tarde, cesaron sus fuegos los

buques enemigos. Habían quemado los almacenes fiscales y causado grandes destrozos en la población; pero el recuento de los daños materiales fue relativamente pequeño en comparación con el que pudieron haber hecho. Sin embargo, el daño moral sí que fue de consideración.

Así, España había humillado a los chilenos que tan atolondradamente la habían provocado al tratar de defender a una República hermana que, sólo doce años después, convendría un pacto con Bolivia y otro Estado que a última hora se desistió oficialmente. Todo esto en conocimiento de otro gran hermano que no advirtió a Chile oportunamente lo que se tramaba y que, fuera de vagas y diplomáticas declaraciones, jamás movió un dedo en defensa de Chile y sus intereses.

El plan era realmente grandioso: Se jibarizaría a Chile de tal manera que el norte empezaría en Copiapó, o tal vez en Coquimbo, y llegaría por el sur hasta Talca. Afortunadamente no pudo ser así. Pero en verdad Chile de hecho ha perdido en el sur y en el este apreciables territorios y, peor aún, la soberanía sobre el Beagle y el Atlántico sur —sin contar la Antártica famosa

que está en candelero—pasando por encima de un solemne fallo internacional. Sin embargo, a pesar de una Papal mediación, Chile todavía tiene problemas en su territorio de Laguna del Desierto, donde fuera masacrado nuestro héroe el Teniente Merino, y en otros contiguos, donde los chilenos que hacen soberanía en territorio chileno son perseguidos y ahuyentados.

Tan cierto era ese Pacto que en 1879 estalla, de súbito, la Guerra del Pacífico por problemas con Bolivia, secundada por el Perú en cumplimiento de dicho pacto, en circunstancias que

Chile no deseaba la guerra pues no estaba preparado para tamaña aventura.

El epílogo a la serie de errores que trajo como consecuencia el bombardeo de Valparaíso fue que, habiendo sido “lavado el honor” y castigado el recalcitrante culpable, los ánimos se tranquilizaron y, cosa curiosa, las relaciones con España evolucionaron llegando a ser mejores que nunca.

El tiempo cura todas las heridas y generalmente los pueblos olvidan fácilmente. En especial el chileno, ya que es un axioma “La mala memoria de los chilenos”.

